

—TRIBUNA—

# Don José María

## Antonio Mariscal Trujillo

Fue el pasado Miércoles Santo cuando al pasar por la puerta del Colegio de El Perpetuo Socorro en Monte Alto en uno de mis habituales paseos por la zona me encontré con él. Iba acompañado de otras personas, entre ellos su hijo Alfonso y mi viejo amigo Juan Corchado. Al verlo y con la alegría que produce el reencuentro con un querido amigo me acerqué a saludarlo. Muchos años hacía que no le veía, quizá desde época anterior a la expropiación de Rumasa. Allí estaba mi admirado amigo José María Ruiz Mateos, era el mismo de siempre, en nada había cambiado, naturalmente un poco más mayor, no en vano había pasado casi un cuarto de siglo desde la última vez que nos vimos en Madrid. La misma postura, el mismo peinado, su impecable traje gris de chaqueta cruzada y su rostro sereno con mirada profunda ahora detrás de unas minúsculas gafas, no delataban los setenta y seis años que va a cumplir.

Fuimos caminando hasta la entrada del colegio donde la superiora de la comunidad religiosa salió a recibirle. En ese preciso instante traté de despedirme, presintiendo que aquella visita se debía a asuntos importantes para aquel centro docente. No lo pude hacer, don José María me lo impidió diciendo que nuestro en-

cuentro había sido providencial, por lo que me rogaba estuviera presente como testigo de excepción de lo que allí se iba a pasar.

Y así fue, después de una rápida visita a las aulas y a la capilla comenzó una reunión en la que la madre superiora expuso al empresario la necesidad apremiante de modernización del colegio y su adaptación a las exigencias actuales, ya que después de los más de cuarenta años transcurridos desde su construcción aquello había quedado obsoleto. Le solicitaban ayuda para llevar adelante el proyecto, dada a la escasez de recursos para afrontar la obra, ya que el concierto vigente con la Consejería de Educación solamente alcanzaba para pagar los sueldos de los profesores y poco más,

El reloj anunció que eran las doce en punto de la mañana y, por tanto, la hora del Ángelus. Entraron las demás monjas y tras los rezos correspondientes, Ruiz Mateos dice con voz solemne: "Aunque mi palabra vale mil veces más que cualquier documento, quiero dejar constancia escrita de este momento". Y pidiendo papel y pluma le dice a su hijo Alfonso: "Escribe ahí que desde este momento me comprometo a hacer propio el proyecto de modernización y adecuación de las instalaciones de este colegio, para lo cual vamos a comenzar inmediatamente un estudio económico y técnico".

Una vez redactado de puño y letra aquel folio, firmó don José María y firmamos todos los presentes. Me quedé alucinado, lo normal en una situación similar

es haber dicho lo de siempre: "Lo estudiaremos, veremos, lo tomamos con interés, no se preocupen haremos lo que podamos, quedamos emplazados, etc.". En este caso no, su decisión fue inmediata y tajante, dejándonos a todos embargados por la emoción que produce ver a este gran caballero jerezano dispuesto a colaborar decididamente en una causa tan noble e importante como es la enseñanza. No puedo negar que aquel gesto de generosidad logró emocionarme, nos emocionó a todos. Al manifestarle mi asombro por dicho gesto me respondió: "Todo lo hago para honrar la memoria de mis padres. Mi madre solía decir una frase que siempre he llevado grabada en mi mente: "La hacienda va y viene, pero la Fe debe permanecer inquebrantable". No pude por menos que recordar mi reciente viaje a Guatemala, donde mi hija, religiosa de esta misma Congregación, dirige un colegio-hogar donde más de quinientos niños y niñas, muchas de ellas huérfanas o abandonadas, reciben una enseñanza de calidad en un ambiente envidiable gracias a benefactores de diversos países que, al igual que don José María, no se lo pensaron dos veces a la hora de ayudar. Los niños del Perpetuo Socorro tendrán un colegio mejor, más bonito, más alegre, mejor dotado y más adecuado. Aquella reunión quedó cerrada con unos bellos cánticos interpretados por aquellas monjas que elevaron al cielo una plegaria de acción de gracias, porque aquel día algo vibró en Monte Alto.